

---

# LA RECUPERACION REAGAN

André Gunder Frank

---



---

**La «recuperación» de la economía mundial registrada con el presidente Reagan a partir de 1983 es débil a nivel nacional, desigual a nivel internacional, y temporalmente inestable. La próxima recesión amenaza con agravar las tendencias depresivas, las medidas neomercantilistas, e incluso las políticas económicas de bloque que recuerdan a la de los años 30.**

Podríamos resumir el desarrollo de la crisis económica mundial hasta la fecha observando que ya ha experimentado cuatro recesiones, en 1967-70, 1973-75 y 1979-82. Ninguna de las recuperaciones clínicas intermedias volvió a recuperar los niveles anteriores a la recesión, y cada recesión ha sido más profunda, más larga, más du-

radera y más generalizada que la anterior, según varios indicadores de peso. Esta tendencia a la baja en el índice de crecimiento de las recuperaciones y recesiones queda plasmada en los gráficos del Comité Económico Conjunto del Congreso de los Estados Unidos. Esta misma tendencia es todavía más evidente en la economía mun-

dial en su conjunto. En los Estados Unidos, en cada recesión, la tasa de crecimiento del PNB disminuía más, y la producción y los ingresos eran menores que en la anterior.

En el caso de las inversiones comerciales, el creciente declive de las recesiones clásicas era aún más pronunciado. El índice de utilización de la capacidad industrial no se limitaba sólo a disminuir en cada recesión, como es de esperar. Es todavía más significativo que, en ninguna de las recuperaciones, el índice de utilización de la capacidad industrial recuperaba el punto más alto alcanzado antes de la recesión anterior. Esto significa que, tanto durante las recesiones como durante las recuperaciones, la utilización de la capacidad industrial tendía a la baja, y los valores de la capacidad utilizada sabían—incluso después del cierre y reconversión de siderurgias, fábricas, etc.—. En cuanto a la tasa de crecimiento de la productividad, los mínimos registrados en las recesiones cíclicas y los máximos en períodos de recuperación disminuían de una recesión a otra.

Los índices y el volumen total de desempleo aumentaban en cada recesión, y los índices mínimos de desempleo eran más altos cada vez, ya que nunca recuperaban los niveles mínimos de paro registrados en la recuperación anterior. En Europa y en Japón, por no mencionar el Tercer Mundo e incluso los países socialistas, el desempleo aumentó todavía más. En los países industrializados de la OCDE en su conjunto, el desempleo doblaba aproximadamente de una recesión a otra —de cinco millones en 1967 a ocho millones en 1970, a 15 millones en 1975, y 33 millones en 1982— y, en Europa, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, el desempleo siguió aumentando incluso durante la recuperación de 1975-79, y de nuevo en la de 1983-86. En el Tercer Mundo, el desempleo estalló con la llegada de la recesión mundial de 1979-82 y la crisis de la deuda en 1982, y no ha dejado de aumentar desde entonces. Los salarios reales y la renta media que se de-

---

**El cambio a un control monetarista y a una política económica de oferta fueron respuestas a las exigencias de la crisis económica.**

---

riva de ellos empezaron a bajar en los Estados Unidos durante la recesión que empezó en 1973, y más tarde en Europa, y nunca han vuelto a alcanzar los niveles

anteriores. Uno de los mecanismos que redujo los salarios reales fue la inflación, que se aceleró en 1972 y siguió siendo importante a lo largo de toda la década. La reducción de la tasa de inflación a lo largo de la primera mitad de la década de los 80 en los países industrializados —y su aumento en el Tercer Mundo y en los países socialistas— se pagó a costa de la seria recesión de 1979-82, y del crecimiento desigual registrado desde entonces.

Si hacemos una comparación, a lo largo de la década posterior a 1973, Norteamérica ahorró más energía y consiguió un mayor rendimiento energético, mientras que Europa Occidental ahorró mano de obra, y Japón hizo las dos cosas. De este modo, en Estados Unidos el consumo de energía disminuyó más y el empleo aumentó mucho más, pero la productividad de la mano de obra aumentó menos que en Europa y en Japón. Como Estados Unidos partió con costes de mano de obra superiores, y costes energéticos inferiores que los otros, cada cual ahorró más en los recursos que le resultaban más baratos, en vez de hacerlo en los más caros. Esto puede parecer extraño (es otro ejemplo de lo que los economistas denominan la paradoja Leontieff). Se podría explicar (al margen de la terminología económica) porque los bajos precios de la energía subieron relativamente más en Norteamérica, y los salarios subieron relativamente más, o bajaron menos, en Europa y Japón, dando lugar a mayores incentivos para ahorrar energía y aumentar la mano de obra barata en los Estados Unidos, mientras que en Europa se ahorraba en mano de obra, haciendo crecer el desempleo considerablemente. A lo largo de estas cortas recuperaciones y recesiones clásicas durante este período de crisis creciente en la economía mundial, las medidas económicas y políticas no constituían una lucha contra el

origen o la causa de la crisis, sino que eran una respuesta frente a estos ciclos y frente a la tendencia en curso, cuando no estaban determinadas por ello. Hemos observado cómo el cambio de una política de demanda keynesiana a un control monetarista y a una política económica de oferta fueron respuestas a las exigencias de la crisis económica. De este modo, fue primero el gobierno laborista de Callaghan en Gran Bretaña, y después la administración del Partido Demócrata con Carter en Estados Unidos, los que abandonaron el keynesianismo y adoptaron una política monetarista en 1976 y en 1977 respectivamente. La mayoría de los países hicieron lo mismo. Las políticas económicas cíclicas y supuestamente anticíclicas también constituían, en gran medida, respuestas (políticas) ante el cambio coyuntural, aún cuando en ocasiones ciertos giros en estas

políticas se anticipaban —y generalmente reforzaban— los cambios cíclicos. Estados Unidos intentó defenderse de los estragos provocados por la creciente crisis econó-

mica mundial, y traspasar su carga, siempre que fuera posible, a sus aliados en Japón, Europa y el Tercer Mundo. Para ello, Estados Unidos se apoyó sobre todo en el precio del petróleo, en la política monetaria y en el tipo de cambio, que se benefició del papel todavía predominante del dólar en la economía mundial.

Todas las tendencias e índices negativos de la economía real provocaron, y fueron perfectamente igualados por un crecimiento proporcional en el ámbito financiero, y especialmente en la especulación, que reemplazó a la inversión real y a la producción, cuando éstas dejaron de ser rentables. A pesar de las políticas monetaristas destinadas a controlar la afluencia de dinero, las reservas monetarias se multiplicaron por más de diez en una década, la financiación de créditos creció rápidamente, la deuda aumentó hasta límites peligrosos y los tipos de interés se dispararon hasta alcanzar niveles sin precedentes. Incluso des-

pués de bajar en cierto modo durante la recuperación de 1983-86, permanecieron a un nivel tres veces superior a su norma histórica. Estos intentos financieros, y a menudo especulativos, por compensar la tendencia cíclica a la recesión de la economía real durante la larga crisis parecen haber tenido éxito parcialmente —hasta que, lo que había parecido una solución al problema, se convirtió en una nueva fuente de problemas—. Concretamente, ya en 1982, la deuda del Tercer Mundo estaba adquiriendo dimensiones de crisis, provocadas por la recesión mundial que había comenzado en 1979. Después, el mecanismo financiero que supuestamente debía mantener el crecimiento real en los países industrializados exportadores, y en los países del Tercer Mundo importadores, dio lugar a una drástica reducción de las exportaciones para los primeros, y de la

producción real, la renta y las importaciones en los segundos. Una de las consecuencias sería la reducción de las tasas de crecimiento durante la recesión y la subsi-

guiente recuperación en Europa y Japón, más dependientes del mercado del Tercer Mundo; y en Estados Unidos la activación de los gastos de defensa y el crecimiento especulativo, financiado por la deuda. Examinaremos a continuación el desarrollo de esta recuperación a partir de 1983, y las perspectivas para la próxima recesión, que será la quinta de esta crisis económica mundial.

Se ha afirmado, incluso por parte del propio presidente Reagan, que la recuperación a partir de 1983 ha superado los problemas económicos de la década anterior mediante un crecimiento renovado. Sin embargo, esta afirmación —o esperanza— no tiene unas bases muy firmes. A nivel nacional, en Estados Unidos, la recuperación está débilmente apoyada por el consumo y la deuda; y a nivel internacional, la recesión se ha extendido de forma lenta y desigual. Además, este desarrollo desigual de la recesión ha acentuado

---

**Estados Unidos intentó defenderse de los estragos provocados por la creciente crisis económica mundial y traspasar su carga a sus aliados.**

---

los desequilibrios internacionales de la economía, que amenazan la estabilidad económica mundial en la próxima recesión. Siempre hay una próxima recesión, como ha habido ya cuatro en la actual crisis económica mundial desde 1967, y más de cuarenta desde el nacimiento del capitalismo en el mundo alrededor de 1800. Por lo tanto, la cuestión no es saber si habrá otra recesión, sino cuándo llegará y qué gravedad revestirá —y cuáles serán las consecuencias políticas.

Hay muchas razones para pensar que la próxima recesión puede ser aún más profunda que la anterior, como ha ocurrido con cada una de las tres últimas en la actual crisis económica mundial desde 1967. Ninguna de las recuperaciones intermedias ha superado el legado acumulado durante las recesiones previas, y la recuperación actual ha acentuado considerablemente los problemas estructurales y cíclicos de la economía mundial. La debilidad subyacente de la recuperación en Estados Unidos; los desequilibrios que ha acentuado en las principales regiones económicas de Norteamérica, Japón, Europa Occidental, Europa Oriental y el Tercer Mundo; el depender de la especulación financiera, nacional e internacional, en vez de depender de la inversión y la producción reales; y el nivel de agotamiento de los principales instrumentos fiscales y monetarios de lucha contra la crisis para afianzar la última recuperación, anticipan unas perspectivas poco prometedoras para la próxima recesión. La combinación de estos y otros factores, y la dinámica que pueden generar, podrían convertir la próxima recesión en una grave depresión. A pesar de la satisfacción y el optimismo reinantes en círculos oficiales, podríamos encontrarnos ante una situación como la que se registró entre los años 20 y los años 30. En efecto, la satisfacción y la creencia infundada en el poder económico y en la invulnerabilidad de Estados Unidos son factores que contribuyen a la gravedad de la situación

porque impiden un análisis serio y una política eficaz.

Por regla general en el pasado, y también en la actualidad, se han hecho pronósticos excesivamente optimistas e infundados, aunque sólo sea porque el optimismo forma parte, política e institucionalmente, del orden establecido. De este modo, el economista monetario americano más destacado de los años 20, Irving Fisher, pronosticó una buena salud de la economía. Rockefeller afirmó, en 1929, que la situación económica era estable. Volviendo la vista atrás, una década después, el analista de ciclos económicos más serio de nuestro siglo, el economista de Harvard Joseph Shumpeter, observó que los economistas habían afianzado sus bases firmemente, pero que, desgraciadamente, las bases se habían derrumbado. Ya hemos observado que los eruditos contemporáneos, como Paul Samuelson, repitieron esta misma postura al principio de los años 70.

Actualmente, las principales instituciones internacionales y otros analistas están extrapolando de nuevo la recuperación Reagan hasta un futuro indefinido. Por ejemplo, en 1986 el «Informe Económico del Presidente» de los Estados Unidos prevé «un crecimiento real del PNB de 4 % en 1986, que continúa a lo largo de 1987 y 1988, disminuyendo gradualmente en 1989-91». El Banco Mundial sostiene, en la frase introductoria de su «Informe sobre el Desarrollo Mundial» de 1985, que la «turbulencia económica de los últimos años ha disminuido», y más adelante compara los últimos años con la depresión de los años 30 y con la crisis de 1880, y afirma que nos ha ido muy bien. Después establece proyecciones máximas y mínimas para el crecimiento económico. Su proyección máxima es de una media de 4,3 % al año,

**Ya en 1982 la deuda del Tercer Mundo estaba adquiriendo dimensiones de crisis, provocadas por la recesión mundial que había comenzado en 1979.**

y una mínima de 2,5 % para los países industrializados. Para los países menos desarrollados del Tercer Mundo, las proyecciones del Banco Mundial para los próxi-

mos años están en torno al 5 %, un poco más en el caso de la máxima, y un poco menos para la mínima. El Fondo Monetario Internacional titula todo un capí-

---

**Hay muchas razones para pensar que la próxima recesión puede ser aún más profunda que la anterior.**

---

tulo «La recuperación en marcha», y también establece sus proyecciones. La máxima prevé un crecimiento de la economía mundial del 3 %, y la mínima es un 2 %. Hablan de la posibilidad de una recesión, pero no la tienen en cuenta en sus cálculos, ya que su proyección mínima prevé un crecimiento del 2 % en todo el mundo, y de 5 a 6 % en los países menos desarrollados.

El Instituto de Economía Internacional estudia unas seis proyecciones diferentes en un informe de octubre, 1985, sobre la financiación necesaria para el Tercer Mundo en los próximos años. En estas proyecciones, el crecimiento varía de 2,5 % a 3 % en los países industrializados, y de 4 a 5 % en los países menos desarrollados, con el tipo de interés alrededor del 10 %, una inflación de 4 a 7 % anual, y el precio del petróleo prácticamente estable en torno a los 27-35 dólares. Estas estimaciones se basan en las seis proyecciones diferentes que estudian. Sobre esta base, sostienen que es probable que el Tercer Mundo necesite de 15 a 20 mil millones de dólares en préstamos suplementarios al año. James Baker III, el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, declaró en la reunión de 1985 del Banco Mundial y el FMI en Seúl, que se había restaurado el crecimiento, se había reducido el déficit del Tercer Mundo, y habían aumentado las exportaciones del Tercer Mundo. Por lo tanto, necesitamos nuevos préstamos por valor de 30 mil millones de dólares a lo largo de tres años, o unos 10 mil millones de dólares al año, que es menos que la inflación, o nada. Pero, aún para conseguir eso, Baker y Volker tendrán que pelearse con la banca privada, incluso mientras dure la recuperación. Sin embargo, ninguna de estas proyecciones tiene en cuenta lo que probablemente ocurrirá cuando aparezca

la próxima recesión, las tasas de crecimiento sean negativas, y los fondos de la banca privada se agoten de una vez por todas.

*Bases poco firmes*

La recuperación Reagan a partir de 1983 (o más concretamente a partir de noviembre de 1982) ha sido muy poco firme en los Estados Unidos, contrariamente a lo que sostiene la Administración Reagan. El «Informe Económico del Presidente» de febrero de 1986 presenta un panorama extremadamente favorable, que no responde a la realidad, ni siquiera a la que se refleja en sus propias tablas estadísticas. Sin embargo, incluso el «Informe Económico del Presidente» reconoce la «evidencia de una economía “en dos niveles”, en la que los Estados Unidos se concentran en la producción de servicios y en la importación de bienes» (pág. 38). El crecimiento industrial ha registrado un retroceso y el empleo ha descendido. La afirmación del Informe de que el crecimiento anual del 11 % en la inversión comercial real ha sido excepcionalmente fuerte, no es correcta. Incluso el Informe reconoce que entre el 20 % y el 25 % de la inversión suplementaria en 1982-84 se debe a cambios en las leyes fiscales que son irrepetibles. Y, lo que es más significativo, la inversión bruta aumentó para la partida de bienes de equipo de vida corta, pero la inversión neta en Estados Unidos se mantuvo baja, siendo sólo de un 7 % del PNB. Esto es mucho menos que en Japón, Europa y otros países que también contribuyeron con parte de sus ahorros para hacer posible la inversión en Estados Unidos. Además, más del 90 % de las inversiones comerciales en Estados Unidos se destinó a automatización y equipos de oficina (computadores) de vida corta. Incluso durante la recuperación Reagan, la inversión neta en capital industrial americano ha seguido disminuyendo, llegando a sus niveles más bajos desde la depresión de los años 30, como observó con cierta alarma el ex pre-

sidente del Consejo de Asesores Económicos del Presidente, Walter Heller, ante un comité del Congreso. Según el «Informe Económico del Presidente», todos los aumentos en desembolsos del capital previstos para 1986 afectan al sector comercial, y la inversión en la industria y la minería va a reducirse. La inversión productiva se concentró en unas pocas industrias de alta tecnología, y gran parte de ella proviene de las órdenes del Departamento de Defensa de Estados Unidos de «comprar productos americanos». Aún así, incluso una parte importante de esta inversión se destinó a componentes y maquinaria importados, incluyendo chips de ordenadores de alta capacidad fabricados en Japón. Sin embargo, la industria de software, microchips y ordenadores también experimentó una crisis de crecimiento a nivel mundial en 1985, y Silicon Valey tuvo graves problemas sociales y económicos.

La crisis social y económica de la agricultura americana, especialmente en el cinturón agrícola del medio oeste, es todavía más grave. El precio del trigo ha vuelto a los niveles de 1930 en dólares (sin contar la inflación), los ingresos agrícolas se han reducido más de la mitad, y el valor de las propiedades agrícolas se ha venido abajo, suprimiendo de esta forma la garantía de los créditos agrícolas. De los más de dos millones de agricultores norteamericanos, entre un 10 y un 15 % tienen serios problemas financieros y se enfrentan a la bancarrota o ya han perdido los derechos sobre las hipotecas, y muchos ya no tienen garantías de crédito para conseguir nuevos préstamos para la siguiente temporada. Sin embargo, estos 200.000 a 300.000 agricultores están concentrados en la «agricultura familiar» que representa el 80 % de la producción agrícola de los Estados Unidos. En estas regiones, cuyo epicentro es Iowa, comunidades enteras, desde las ferreterías hasta los vendedores de maquinaria agrícola, por no hablar de los pequeños bancos locales y rurales, es-

tán a punto de quebrar y desaparecer. La deuda agrícola de los Estados Unidos es superior a la de Méjico y Brasil juntas, y es tal vez más difícil de pagar. Una serie de problemas económicos y sociales, que recuerdan a los de los años 30, incluido un notable aumento del número de suicidios, han vuelto al cinturón agrícola americano.

El crecimiento del empleo —con nueve millones de puestos de trabajo— durante esta recuperación se ha limitado al sector de los servicios, y, dentro de éste, al comercio de mano de obra barata (establecimientos de comida rápida, como «McDonald», y tiendas abiertas 24 horas, como la cadena «7-11»), al servicio sanitario y al sector financiero. Pero este último caso refleja en parte el crecimiento de la especulación financiera en la economía de deuda y en la sociedad casino, que no se conocía en los años 70.

El endeudamiento más claro y del que más se habla se refleja en el aumento del déficit del presupuesto federal a 200.000 millones de dólares, y en el hecho de que una administración dedicada a la eliminación del déficit haya doblado la deuda federal hasta alcanzar los tres trillones de dólares. Además, el que este déficit aumentara, sobre todo durante los tres años de la recuperación Reagan, debería suscitar una preocupación mucho mayor de la que aparentemente causa en cuanto a las perspectivas para la próxima recesión, cuando sea necesaria una financiación del déficit mucho más importante. Los miembros republicanos del Comité Económico Conjunto del Congreso de los Estados Unidos observan, por ejemplo, en su «Informe anual sobre la Economía de Estados Unidos» de 1985 (10 de enero, 1986, pág. 18) que «a principios de los 80, la causa del

---

**La recuperación Reagan  
a partir de 1983  
ha sido muy poco firme  
en los  
Estados Unidos.**

---

déficit fue la recesión a la que los pronósticos económicos excesivamente optimistas no daban ninguna importancia. La recesión, el déficit se dispararía». En vista de

la mala utilización del déficit presupuestario durante la actual recuperación cíclica, cabría preguntarse en qué medida se podrá recurrir a este instrumento político y económico, supuestamente anticíclico, cuando sea necesario durante la próxima recesión. En el pasado, los déficits han dado lugar a iniciativas constitucionales, compromisos presidenciales y medidas por parte del Congreso para equilibrar el presupuesto. La ley Gramm-Rudman prevé reducciones anuales en los déficits presupuestarios hasta su eliminación en 1991; pero esto se refiere a anticipaciones presupuestarias y no a los gastos y a los ingresos actuales, y la ley proporciona una cláusula de escape en caso de que el crecimiento del PNB se reduzca a 1 % anual. Estas circunstancias y reacciones no dejan claro hasta qué punto un aumento importante del déficit federal es políticamente posible en la próxima recesión y cuáles serán las consecuencias económicas.

### «Sociedad Casino»

Sin embargo, el reciente aumento de la deuda durante la última recuperación es mucho mayor que el déficit federal y que su contribución a la deuda federal, que constituye sólo la punta del iceberg de lo que el *Business Week* (16 de septiembre de 1985) denomina la «Sociedad Casino». El presidente del Federal Reserve Bank de Nueva York, Gerald Corrigan, dirigiéndose a la Asociación de Banqueros Americanos en Nueva York, el 18 de septiembre de 1985, advirtió que la proporción de la deuda con respecto al PNB en los Estados Unidos había pasado de 140 a 160, no en la última recesión, sino en la actual recuperación de 1981 a 1985. Eso significa que la deuda está aumentando a un ritmo 15 % superior al PNB. La deuda federal ha pasado del 28 % al 40 % del PNB. La deuda exterior ha crecido considerablemente. Los intereses de la deuda han aumentado mucho, siendo ahora de 130.000

### El crecimiento del empleo en Estados Unidos durante esta recuperación se ha limitado al sector de los servicios.

millones de dólares. (En cinco años, los pagos de intereses han aumentado del 9 al 14 % de los gastos federales, y de un 10 % a cerca de un 20 % de sus ingresos, o de una quinta parte a dos quintas partes de los ingresos por impuesto sobre la renta, y al doble de los ingresos por impuesto sobre sociedades). Corrigan prevé que los intereses superarán los 200.000 millones de dólares en 1990, de los cuales 40.000 millones serán para extranjeros, y se sumarán al ya enorme déficit comercial. Según Corrigan, el ahorro extranjero representa ya un tercio del ahorro nacional, y cubre la mitad del déficit presupuestario de los Estados Unidos.

Por razones evidentes, se ha dedicado mucha atención al déficit federal y a la deuda federal, pero Corrigan está preocupado, como deberíamos estarlo todos, por la deuda privada. La deuda inmobiliaria, la deuda agrícola (que han puesto en dificultades al Bank of America), la deuda relacionada con la energía debido a la caída de los precios del petróleo (que acabó con el Continental Illinois), por no hablar de las deudas impagadas sobre créditos y préstamos (Ohio y Maryland) han aumentado espectacularmente durante la fase de recuperación del ciclo económico. Una parte importante del nuevo dinero y de la deuda en Estados Unidos se ha invertido en la financiación de instalaciones productivas ya existentes mediante la valorización de acciones depreciadas (o para financiar la compra a la alza de los valores propios, para evitar compras predatorias por parte de otros), lo que ha aumentado considerablemente la proporción de la deuda con respecto a los dividendos en las empresas americanas. En sus declaraciones ante el Comité Económico Conjunto en enero de 1986, el financiero Felix Rohatyn observó con alarma que la deuda de las empresas había aumentado en 1984 y en 1985 a un ritmo tres veces superior que en los ocho años anteriores, y que excedía en un 12 % el valor neto total de las em-

presas. Los préstamos a sociedades pasaron del 56 % de financiación externa en 1975, al 81 % en 1985. Y, lo que es más alarmante, el servicio de la deuda en la actual recuperación ha pasado del 27 % del *cash flow* durante la recuperación de 1976-79, al 50 % en la actual.

¿Qué ocurrirá en la próxima recesión cuando el *cash flow* se reduzca y los tipos de interés aumenten tal vez más todavía? Muchas de las empresas tendrán que dejar de pagar la deuda contraída para comprar a la alza los valores despreciados y/o los intereses excesivamente altos que han contraído para financiar esta nueva deuda. Ya que no parece prudente suponer que el ciclo es una cosa del pasado, Corrigan advierte que «si el tipo de interés llega a ser menos favorable, puede resultar muy difícil pagar incluso los actuales niveles de deuda. Teniendo en cuenta la etapa del ciclo en que nos encontramos, con la curva en ascenso, los índices de morosidad existentes en el pago de las hipotecas y los préstamos impagados en el sector bancario, el sector privado puede estar experimentando una falsa sensación de seguridad. Es posible que las tendencias registradas en el sector privado no justifiquen la satisfacción reinante».

La deuda privada ha aumentado espectacularmente durante la fase de recuperación del ciclo económico.

Todavía hay menos motivos de satisfacción y más de alarma si tenemos en cuenta de qué forma están relacionadas las deudas de estos sectores entre sí. Por ejemplo, existe una relación entre la deuda del Tercer Mundo y la deuda de las empresas. Cuando el crecimiento de la primera dejó de ser rentable o razonable a partir de 1982, los bancos pasaron a la segunda y aumentaron considerablemente el índice de crecimiento de sus préstamos comerciales (de la misma forma que se habían vuelto hacia el Tercer Mundo en los años 70 cuando el mercado de préstamos comerciales se había reducido debido a la crisis). Sin embargo, muchos de los nuevos préstamos comerciales a empresas es-

tadounidenses son todavía más especulativos y menos seguros que los préstamos al Tercer Mundo, aún cuando se reconoce que muchos de estos últimos fueron poco razonables y resultan incobrables. Los nuevos préstamos también están relacionados de un sector a otro. La caída del precio del petróleo a principios de 1986 es un ejemplo de ello. La caída del precio del petróleo reduce la capacidad de los países exportadores, como México, de pagar sus deudas y amenaza la posibilidad de que los bancos cobren siquiera los intereses. Lo mismo puede aplicarse a la deuda petrolífera de los Estados Unidos (y por extensión a todo el sector energético y del gas), que a su vez afecta a la deuda inmobiliaria de regiones petroleras como Tejas, haciendo que el paquete de valores de Continental Illinois, comprado por el FDIC, se convierta en préstamos difíciles de cobrar y activos depreciados. Además,

muchas de las operaciones de compra han sido realizadas por empresas que también tienen valores en el sector energético, y especialmente en el petrolífero. De forma

similar, como veremos más adelante, los precios agrícolas afectan tanto al Tercer Mundo como a los Estados Unidos y a otros países industrializados exportadores que compiten en el mercado mundial. De este modo, la caída de los precios agrícolas puede amenazar a algunos países del Tercer Mundo y a los sectores agrícolas de otros países —y a los bancos en ambos casos—. Por lo tanto, la tendencia generalizada de estudiar cada sector por separado, e intentar aislar y hacer frente a los problemas de forma individual, también origina un optimismo que no está justificado, porque los sectores (y los países) están relacionados entre sí, y los problemas pueden extenderse rápidamente de uno a otro.

### *Inestabilidad financiera*

Por lo tanto, hay pruebas irrefutables que sostienen la advertencia del presiden-

te del New York Federal Reserve Bank, Corrigan, de que la sensación generalizada de seguridad y satisfacción no está justificada. Además de lo ya expuesto anteriormente, podríamos resumir estas pruebas con la imagen del iceberg. La punta de este iceberg la constituyen las quiebras bancarias que se han registrado hasta ahora; la parte sumergida estaría formándose mediante la acumulación de los elementos de una posible crisis financiera; y el deterioro del mar que lo rodea, lo constituiría el entorno internacional que presagia la posibilidad de una crisis económica mundial generalizada.

La punta del iceberg es que el número de quiebras bancarias en Estados Unidos (por no hablar de quiebras importantes en el Tercer Mundo) *ha estado aumentando de año en año durante la recuperación*. Durante el último año de la última recesión en 1982, las quiebras de bancos en Estados Unidos ya habían alcanzado lo que entonces era la cifra más alta desde la Depresión, y ascendía a 34. Pero, posteriormente, las quiebras aumentaron hasta 45 en el primer año de la recuperación Reagan, 1983, y hasta 78 en 1984, año en el que se registró la más alta tasa de crecimiento del PNB, 7 %. En 1985, la tasa de crecimiento del PNB cayó hasta un 2,5 %, y el número de quiebras de bancos americanos subió hasta 125. Según los reguladores bancarios, el número de bancos que se encuentran en dificultades supera los 1.000. Según el Federal Savings and Loans Insurance Corporation (FSLIC), el 85 % de los créditos y préstamos que asegura registraron pérdidas en la recesión de la segunda mitad de 1981, y lo mismo ocurrió con cerca de un 25 % durante la expansión del segundo trimestre de 1984. Según el *Washington Post* (23 de febrero, 1986), sólo en la primera mitad de 1985,

27 préstamos y créditos pasaron a situación de insolvencia, estableciendo en 461 el número de préstamos y créditos cuyas deudas superaban a los activos por un va-

**La caída del precio del petróleo reduce la capacidad de los países exportadores.**

lor total de 3.400 millones de dólares. De los 3.200 préstamos y créditos existentes, 833 tenían un valor neto por debajo del 3 % mínimo exigido (activo menos pasivo). El cerrar o fusionar las 239 empresas más débiles costaría al FSLIC 5.000 millones de dólares más que el total de sus fondos de seguros, equivalente a 6.000 millones de dólares. Los préstamos impagados que el FSLIC debe asegurar, superan los 80.000 millones de dólares, según el *Wall Street Journal*. Las tasas de morosidad en el pago de hipotecas pasaron del 1 % en 1980, al 6 % en 1985. Es posible que la formación de la parte sumergida del iceberg, es decir, la inestabilidad financiera, sea invisible para los que se niegan a admitir su existencia. Sin embargo, no por ello deja de ser real, y conocemos ya muchos de los elementos que la constituyen. Un analista de la inestabilidad financiera en el Federal Reserve Board (firmado a título personal y no en nombre de la Reserva Federal) ha establecido un modelo de cómo se desarrolla la crisis financiera.

A medida que se acerca el punto álgido del ciclo de expansión se va deteriorando la situación financiera de las empresas. Las empresas tienen cada vez más dificultades a la hora de hacer frente a sus obligaciones, especialmente cuando se trata del pago de la deuda. Esta dificultad tiene su origen en el hecho de que las obligaciones de pago de la deuda aumentan a un ritmo mucho mayor que su capacidad para cumplir esos pagos.

La deuda aumenta en relación a los dividendos, de forma que la deuda por pagar es mayor cada vez. El vencimiento de la deuda se acorta, aumentando la proporción que hay que pagar. Los tipos de interés aumentan, y de este modo una cantidad determinada de deuda requiere

mayores obligaciones de pago (tanto para tipos variables como para operaciones de refinanciación). Al mismo tiempo, la liquidez y las tasas de beneficios se reducen.

De esta forma, las empresas tienen más dificultades a la hora de efectuar los pagos a partir de los ingresos en curso o, en caso necesario, de la venta de activo líquido...

Las empresas tienen cada vez más dificultades a la hora de hacer frente a sus deudas y otros compromisos, y están intentando pedir préstamos a los bancos y contraer deudas en el mercado de valores para ello. Los bancos están experimentando problemas cualitativos cada vez mayores en los préstamos, así como una disminución en el crecimiento de sus reservas; están limitando las condiciones de los préstamos y recortándolos.

En esta situación frágil y de equilibrio precario, un acontecimiento inesperado puede provocar un derrumbamiento. De hecho, *una vez que el sistema financiero se ha hecho vulnerable*, un acontecimiento por sorpresa puede dar lugar a una crisis financiera.

La crisis se produce porque las formas de crédito que se han utilizado como dinero, o casi como dinero, durante tiempos normales, ya no pueden emplearse de este modo cuando se interrumpen los créditos y se derrumban los modelos financieros normales. Las empresas que ya no pueden obtener crédito recurriendo al mercado de valores o a los bancos, intentan desesperadamente conseguir el dinero que necesitan para cumplir sus compromisos. Los bancos, que de repente ven limitada su capacidad de conseguir fondos, deben buscar otras fuentes de liquidez para cumplir sus compromisos. Los inversores recelosos se inquietan —y a menudo sienten pánico— por la capacidad de sus prestatarios para pagar, y en vez de extender el crédito exigen el pago en efectivo. Toda la estructura de crédito que se ha desarrollado durante la expansión, y que ha contribuido a que ésta continúe, se basa en la confianza. Si esta confianza se ve amenazada, o si el crecimiento con-

tinuado del crédito se interrumpe debido a limitaciones institucionales, toda la estructura puede venirse abajo. Cuando esto ocurre, el crédito desaparece y sólo el dinero, contante y sonante, es suficiente. De este modo, una crisis financiera puede definirse simplemente como una demanda repentina e intensa de dinero. Lo que se busca es dinero al contado, en vez de las formas de crédito que habían servido anteriormente como dinero. (Martin H. Wolfson. «Financial Crises: Understanding the Postwar U.S. Experience». 1985, Armonk, New York, M E Sharpe Publishers, págs. 246-7, 251-5).

Todos los elementos constitutivos de este modelo se encuentran ya en la parte sumergida, aunque no totalmente invisible, del auténtico iceberg de la inestabilidad financiera: aumento de la proporción deuda/dividendos, tipos de interés altos

(que permanecen altos a pesar de la caída registrada en 1985, y que pueden volver a subir, como observaremos más adelante), tasas de beneficios y liquidez reducidas, y

**Hay pruebas irrefutables de que la sensación generalizada de seguridad y satisfacción no está justificada.**

dificultades cada vez mayores por parte de algunas industrias y entidades financieras de hacer frente a sus obligaciones financieras, sin seguir aumentando su demanda de dinero. Esta es una de las razones principales por la que esta política flexible de la Reserva Federal permitió que la provisión de dinero aumentara un 12 % en 1985. Pero, el dinero libre y la creación de crédito sin garantía debe continuar para inflar el globo financiero y evitar la deflación —aumentando de este modo todavía más la presión y el peligro de que explote. Esto podría explicar las tímidas limitaciones impuestas por la Reserva Federal en enero de 1986 sobre la emisión de acciones de revalorización y la oposición de la Casa Blanca a estas limitaciones en el mercado libre, que según se dijo traducían motivos «ideológicos», pero que también podría explicarse como un intento por anular cualquier freno a la expansión, necesaria para evitar obstácu-

los, o incluso un derrumbamiento financiero.

El experto en finanzas Félix Rohatym defendió ante el Comité Económico Conjunto, en enero de 1986, esta medida de la Reserva Federal «en gran parte simbólica... y fácil de burlar», que «sólo está destinada a los casos más extremos de revalorización». Después de 30 años realizando cientos de operaciones de fusión y adquisición, expresó su alarma ante la actual «especulación descontrolada», que amenaza «la integridad de nuestros mercados de valores y la estabilidad de nuestras instituciones financieras». Los excesos no se limitan a las operaciones de compra, sino que «forman parte de un modelo general de especulación de valores, artículos, divisas, etc.». Consecuentemente, «se están produciendo una serie de acontecimientos que destruyen el clima de confianza necesario a nuestras instituciones financieras. Entre éstos, hay que incluir la quiebra de varias compañías que negocian con valores del Estado, que provocó la crisis de los sistemas bancarios de Ohio y de Maryland, el colapso financiero del Penn Square Bank que llevó a la casi-nacionalización del Continental Illinois Bank y a la quiebra del Seafirst Bank. Habría que añadir también los temores de los prestatarios del Tercer Mundo. Cada uno de estos acontecimientos afecta a la confianza que es necesaria para nuestro sistema financiero. Nuestro sistema bancario todavía está expuesto a grandes riesgos. Muchos creen que el problema de la deuda del Tercer Mundo se ha resuelto a raíz de una serie de acontecimientos; lo que ha ocurrido recientemente en Argentina, Brasil y México, que tienen entre los tres una deuda exterior de 250.000 millones de dólares, puede hacerles volver a la realidad. Por otro lado, si el precio del petróleo cayera un 20 %, lo que no es impensable en las actuales circunstancias, los problemas de los bancos con importantes préstamos energéticos se sumarían a los problemas de las empresas petrole-

---

**Las empresas tienen  
cada vez más dificultades  
a la hora de hacer frente  
a sus deudas  
y otros compromisos.**

---

ras, reestructuradas a raíz de operaciones de compra y fusiones. Al trillón de dólares en préstamos bancarios al Tercer Mundo, debemos sumar el increíble aumento de la utilización de la deuda, tanto en forma de deuda comercial, como en financiación, todo tipo de operaciones de compra y revalorización, y el riesgo existente si entramos en una recesión grave. No hace falta ser Casandra para estar preocupado por la seguridad de nuestras instituciones financieras y por su vulnerabilidad ante cambios bruscos».

De este modo, el funcionamiento natural del mercado y la política económica, en gran medida flexible, han reaccionado ante las recesiones, cada vez más graves, y ante las débiles recuperaciones intermedias, mediante una reestructuración industrial que reduce costes y protege los beneficios (sin mantenerlos), mediante la reorganización del mercado laboral, la liberalización de anteriores limitaciones a este proceso, y la especulación financiera, en vez de crear posibilidades de inversión real suficientemente rentables. El aumento del dinero y del crédito, y la proliferación de instituciones, operaciones e instrumentos financieros especulativos han sido los motores de la reestructuración y la reorganización de la economía tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo, el aumento de la especulación financiera que esto genera alcanza sus propios límites como solución a los problemas de la economía real y se convierte a su vez en un problema, que puede reaccionar en contra de la economía real. Este proceso ya comenzó en el Tercer Mundo durante la recesión de 1979-82. Como ya hemos observado, lo que había parecido la solución para financiar la reconversión industrial a nivel mundial, y para impulsar las exportaciones del Tercer Mundo (y las importaciones por parte de Occidente), mediante la deuda del Tercer Mundo, se convirtió a su vez en un problema. Sin embargo, el problema no se limitaba a esfe-

ras financieras. El problema de la deuda también afectó a todo el sistema de producción y consumo, e hizo imposible seguir confiando en el modelo de crecimiento activado por la exportación, tanto en América Latina como en otras regiones del Tercer Mundo. La recuperación económica Reagan, desde 1983, no sólo no ha conseguido aliviar el problema del Tercer Mundo, sino que lo ha extendido a las materias primas, la energía, y el sector agrícola, y en cierta medida también al sector industrial y al sector inmobiliario en los países industrializados.

Por lo tanto, es probable que la próxima recesión —independientemente de que empiece en la economía real y se extienda después al sector financiero o viceversa— agrave la extensión de la crisis económica mundial en todos estos sectores industria-

les y de servicios en la mayoría de las principales regiones económicas de América del Norte, Japón y Europa Occidental, y en la mayor parte del Tercer Mundo. Está

claro que la próxima recesión en los países industrializados agravará todavía más la depresión en los países del Tercer Mundo, cuyo nivel de producción y renta bajaron hasta alcanzar los niveles anteriores a 1970 durante la recesión mundial de 1979-82, y que no han percibido ningún alivio significativo con la recuperación Reagan. Además, la próxima recesión no sólo llevará a América Latina a la bancarrota y ensombrecerá todavía más las perspectivas de los países exportadores de petróleo en Oriente Medio y Africa (puesto que el resto de Africa, con la excepción de Sudáfrica, ya está en serias dificultades económicas), sino que también puede privar a Africa de los mercados exteriores, con la excepción del mercado del oro, y comprometer gravemente las posibilidades de crecimiento activado por la exportación en Asia Oriental, que depende de mercados mundiales que pueden reducirse. Singapur ya experimentó una grave crisis de crecimiento en 1985, provocada

en parte por el exceso de especulación financiera y la reducción del crecimiento en los mercados de electrónica y petroquímicos, que también afectó a Silicon Valley y a Tejas en Estados Unidos. Está claro que, durante la próxima recesión, como ha ocurrido en las anteriores, en una crisis económica mundial que todavía está desarrollándose, la economía mundial o los países industrializados no dispondrán del Tercer Mundo, o de otros tipos de financiación a las importaciones ahora posibles, como fuente alternativa de demanda a la exportación, y por lo tanto, como válvula de escape o red para los países desarrollados.

### *La recuperación Reagan: problemas para el resto del mundo*

Sin embargo, este creciente desajuste

**Una vez que el sistema financiero se ha hecho vulnerable, un acontecimiento por sorpresa puede dar lugar a una crisis financiera.**

Norte-Sur es sólo un desajuste más entre muchos otros. Desde el punto de vista de la economía mundial, tal vez ni siquiera es el más importante de los crecientes desequilibrios de la economía, especialmente entre Estados Unidos y Japón, Europa y las economías socialistas. La concentración de la recuperación en los Estados Unidos, que el propio Reagan ha aclamado como fuente de esperanza y buen ejemplo para los otros, plantea, de hecho, serios problemas al resto del mundo, e incluso a los Estados Unidos, especialmente cuando empiece la próxima recesión. La recuperación Reagan se ha centrado fuertemente en los Estados Unidos, de forma que las tasas más altas de crecimiento durante esta recuperación, en 1984, fueron de 7 % anual en Estados Unidos, 6 % en Japón, y, en Europa, se quedaron rezagadas durante un par de años, alcanzando un máximo de 3 % anual. En el Tercer Mundo, incluso durante la recuperación Reagan, la tasa de crecimiento siguió siendo negativa, a pesar de que en algunos países ha habido una cierta recuperación en 1984-85. La producción industrial creció un 10 % en Estados Unidos y Japón, durante esta re-

cuperación, y 3 % en Europa. El empleo creció un 5 % anual en Estados Unidos, un 1 % en Japón, y 0 % en Europa. Un síntoma de que esta recuperación es diferente a las anteriores es que el crecimiento entre los puntos máximos cíclicos del comercio mundial fue de un 2 % medio anual, mientras que en la recuperación anterior había sido de 4 % y en la anterior a ésta de 10 %. Para la industria, la tasa de crecimiento fue del 4 % en esta recuperación, mientras que en las anteriores había sido un 5,5 %, y antes de eso un 10 %. Eso significa que, a nivel internacional, la recuperación ha sido mucho menor, y ha tenido menos impacto en el mercado internacional. Una de las principales razones (que ya había anticipado para la recesión de 1979-82) es que los países socialistas, los países del Tercer Mundo y los países de la OPEP, ya no pueden ayudar a reactivar la economía. En esta recuperación, todo el mundo observa el déficit comercial de los Estados Unidos, un indicador de que casi dos tercios del aumento de las importaciones a nivel mundial han ido a parar a los Estados Unidos. 63 % del aumento de las importaciones corresponde a Estados Unidos, 8 % a Japón y 13 % a Europa Occidental. En las recuperaciones anteriores, a los Estados Unidos les correspondía entre un tercio y un cuarto del aumento de las importaciones, y a Europa le correspondía una mitad. En la actualidad, Europa se ha quedado, en gran medida, al margen de la recuperación. Las exportaciones de los Estados Unidos han aumentado, pero sólo en un 25 % del total mundial, y las exportaciones de Europa y Japón una quinta parte del total mundial cada una. En el Tercer Mundo y en algunos países socialistas, todo el proceso de ajuste externo se llevó a cabo limitando las importaciones, que no crecieron y se redujeron considerablemente. Las exportaciones, que ya llevaban un retraso de la recesión anterior, se redujeron sustancialmente al principio de la recuperación y se han recuperado en cierta medida en 1984-

---

**La próxima recesión  
en los países industrializados  
agravará todavía más  
la depresión en los países  
del Tercer Mundo.**

---

85, aunque todavía siguen siendo inferiores a lo que eran antes de la última recesión.

En resumen, esta recuperación cíclica —comparada con las recuperaciones anteriores en la misma crisis— tiene unas bases realmente muy poco firmes y no está extendida en la economía mundial de forma igualada, especialmente en Europa Occidental y en el Tercer Mundo, aunque lo mismo ocurre en muchas de las economías socialistas de Europa Oriental. Este hecho tiene consecuencias de mucho alcance para la próxima recesión, cuando estas mismas áreas de la economía mundial se hundan todavía más, y además no puedan amortiguar la explosión de una nueva recesión en la economía de los Estados Unidos y en la economía mundial en su conjunto.

La concentración de la recuperación en Estados Unidos es también una manifestación de los crecientes desequilibrios internacionales, que reflejan la disminución de la competitividad de los Estados Unidos, y la aparición de un grave déficit en su balanza comercial, que convierte a este país en una nación deudora.

El déficit comercial de Estados Unidos ha crecido enormemente, pasando de un pequeño excedente en 1982, a un déficit de cerca de 150.000 millones de dólares en 1985. Las exportaciones de bienes descendieron cerca de un 10 %, mientras las importaciones, especialmente de productos industriales, aumentaron en más de un 70 %, de forma que las importaciones superaron a las exportaciones en un 50 %. Como ya hemos observado, en 1985, Estados Unidos importaba un 18 % del total mundial, pero sólo exportaba un 11 %, al contrario de lo que ocurría 25 años antes. En 1984, las importaciones de Estados Unidos eran un 9,3 % del PNB, y las exportaciones un 5,8 %, lo que suponía un déficit del 3,5 %, casi el doble del exis-

tente un siglo antes, cuando, debido a la expansión americana hacia el oeste (ferrocarriles, trigo, etc.), Estados Unidos era un importante importador de capital. Al

**La concentración de la recuperación en los Estados Unidos plantea de hecho serios problemas al resto del mundo.**

es en gran parte responsable del creciente déficit comercial en Estados Unidos, que cada vez parece ser más estructural que cíclico.

Al mismo tiempo, como ya hemos observado, los pagos de intereses sobre la deuda exterior han aumentado de forma considerable. Esto ha llevado a que en Estados Unidos se hayan extendido las acusaciones a Japón, las quejas sobre las limitaciones de importaciones en otros países, y se eche la culpa de todo a la subida del dólar. Sin embargo, ninguna de estas cuestiones por separado, o incluso juntas, parecen ser responsables del problema. El comercio con Japón equivale a 45.000 millones de dólares, o a sólo una tercera parte del déficit; y Japón ha limitado las importaciones menos que otros países, y no ha restringido el comercio mucho más que otros. Lionel Olmer, ex subsecretario de Comercio, no atribuye más de 5-8 % del déficit a las limitaciones comerciales, y sugiere que el eliminarlas totalmente no reduciría el déficit más de un 10 % a lo largo de varios años. La tasa de cambio del dólar no puede ser responsable del déficit de 25.000 millones de dólares con los países del Este asiático, que han estabilizado sus tipos de cambio con respecto al dólar; o del déficit de 20.000 millones de dólares con Canadá, en donde la apreciación del dólar estadounidense ha sido del 6 %. Incluso el nuevo déficit de 25.000 millones de dólares con los países de Europa Occidental no tiene correlación (negativa) con los tipos de cambio. El déficit de 20.000 millones de dólares con América Latina debe atribuirse, en gran medida, a las exigencias del pago de la deuda. La reducción de la competitividad de la industria en Estados Unidos, especialmente en el sector altamente deficitario del automóvil, en la siderurgia, en la industria textil y del calzado, en los productos electrónicos de consumo, y también en los equipos de telecomunicaciones de alta tecnología, y de forma especialmente significativa en la industria de la maquinaria,

*Desequilibrios mutuamente reforzados*

Los desajustes de la política económica nacional y la recuperación en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, y los desequilibrios en sus relaciones comerciales internacionales y en los movimientos de capital se refuerzan mutuamente. La recuperación de Estados Unidos era fuerte y estaba apoyada por una política fiscal expansiva, reducciones fiscales a los suministros, y aumentos de gastos militares keynesianos, completado por una política monetaria restrictiva (con las medidas de Volker para controlar el dinero y aumentar los tipos de interés). Por el contrario, Europa Occidental y Japón llevaron a cabo políticas fiscales más restrictivas y políticas monetarias más liberales, que incluían la liberalización de los mercados de capital. La demanda en el mercado nacional permaneció débil a lo largo de toda la recuperación, que se basaba, en gran medida, en las exportaciones a los Estados Unidos, con menos éxito por parte de Europa que de Japón. Pero el resultado es el excedente en las exportaciones masivas de bienes de Japón, y el déficit comercial de Estados Unidos. Este déficit sólo puede cubrirse, y sostenerse, mediante una entrada equivalente de capital proveniente de Japón, y en menor medida de Europa, así como con la conversión del excedente comercial en pagos de intereses sobre la deuda por parte del Tercer Mundo. Esta entrada de capitales se debe a la atracción por los altos tipos de interés en Estados Unidos (o más bien por la diferencia de tipos de interés entre Estados Unidos y otros países, a consecuencia de sus políticas monetarias diferentes). Sólo en 1984, Estados Unidos recibió 100.000 millones de dólares de capital extranjero. Más de 20.000 millones de dólares de este

capital se invirtió en Bonos del Tesoro, haciendo subir la parte de la deuda federal en manos de extranjeros hasta un 13 %. Al mismo tiempo, los préstamos extranjeros netos de los bancos americanos disminuyeron en 100.000 millones de dólares entre 1982 y 1984, hasta alcanzar prácticamente el nivel 0. El resultado es que, a finales de 1985, la economía más rica del mundo se convirtió también en el mayor deudor neto del mundo, ya que Estados Unidos reemplazó a Brasil, con más de 100.000 millones de dólares de deuda exterior.

Además, las deudas oficiales de Estados Unidos al resto del mundo no son gran cosa comparadas con la otra «deuda», menos oficial pero no menos real, representada por los dólares acumulados por valor de 2,5 trillones en manos de extran-

jeros o en el mercado de Eurodivisas, y en otras partes. Esta suma es casi igual al valor de los bienes y servicios (PIB) producidos en Estados Unidos en un año, o

a las exportaciones de Estados Unidos en 10 años. Ese es el valor de los bienes y servicios que Estados Unidos ha podido consumir o poseer sin tener que producirlos, gracias a haber podido emitir dólares que el resto del mundo quiere tener y utilizar como moneda de reserva. Otros, incluidos las empresas y los bancos americanos, utilizan estos dólares para efectuar transacciones en los mercados financieros mundiales, y para financiar parte del comercio internacional de bienes y servicios (por ejemplo, las importaciones europeas y japonesas de petróleo se pagan en dólares). Por lo tanto, también es poco probable que esta inmensa cantidad de dólares se llegue a cambiar nunca por auténticos bienes y servicios procedentes de Estados Unidos, que en la actualidad exporta al año sólo una décima parte de esta cantidad.

El declive del poderío económico americano, del que el déficit comercial y la

deuda exterior crecientes constituyen sólo la punta del iceberg, plantea muchos problemas y peligros. Uno de ellos, y no es el menor, es la negativa americana a reconocer esta realidad cambiante en el mundo, tanto a nivel oficial como a nivel popular. Es significativo que el presidente Reagan declarara que le había gustado «Rambo», y que esta política haya causado furor en Estados Unidos. Lo mismo podría decirse de la satisfacción general por la invasión de la isla de Granada y la captura de un avión comercial desarmado tras el caso Achille Lauro. La necesidad de ligar el orgullo nacional a este simbolismo permite valorar hasta qué punto ha llegado el declive del poderío americano. Por otro lado, la marginación de los aliados de Estados Unidos en estos dos incidentes pone de manifiesto la negativa americana a reconocer la pérdida de una base

real para la cooperación y el liderazgo internacionales.

*La repetición de los errores británicos*

**A finales de 1985  
la economía más rica del mundo  
se convirtió también  
en el mayor deudor neto  
del mundo.**

El presidente Reagan tenía razón al observar que, al igual que Estados Unidos ahora, Gran Bretaña también tenía un déficit comercial durante su período de apogeo. En efecto, Gran Bretaña tuvo un déficit creciente con gran parte del mundo, y especialmente con su colonia india durante un siglo, desde Waterloo en 1815 hasta Sarajevo en 1914. Pero Gran Bretaña equilibraba este déficit comercial con ingresos por exportaciones de capital y otras exportaciones al continente americano y a las colonias. Gran Bretaña intentó mantener el nivel del oro y de la libra esterlina altos, así como su posición imperial, a pesar de que eran insostenibles después de la primera guerra mundial. La realidad del desarrollo mundial provocó una grave depresión con deflación en la misma Gran Bretaña en los años 20, y le obligó a abandonar su política irrealista, a un coste todavía mayor para su población que si hubiera sido modificada a tiempo.

Con sus actuales medidas a lo «Rambo», Estados Unidos parece estar repitiendo los errores británicos, con la diferencia de que su poderío económico relativo está

cayendo más deprisa, y de que no se dispone de tanto tiempo para aprender la lección de la historia. La postura y las medidas americanas en política económica son irracionales e irrealistas, y no sólo amenazan a la mayor parte de la población americana con ser más costosas de lo necesario, sino que hacen peligrar la estabilidad del sistema político y económico a nivel internacional.

Los crecientes desajustes entre producción y consumo en las principales áreas económicas del mundo, y el desequilibrio cada vez mayor entre producción real o comercio internacional, y transacciones financieras o movimientos de capitales, están provocando una tensión peligrosa en las relaciones económicas (y tal vez políticas) a nivel mundial. La especulación financiera nacional supera a la producción de bienes y servicios no financieros, dejando a un lado la inversión en estos mismos sectores; y los movimientos de capital es lo único que se mueve en la economía mundial, estableciendo los tipos de cambios, los tipos de interés, la demanda y el suministro de dinero, los precios, y el empleo. Los tipos de cambio y sus fluctuaciones responden casi únicamente a la coyuntura financiera especulativa, en vez de hacerlo a las condiciones de producción y comercio, como los déficits comerciales. Por lo tanto, las fluctuaciones en los tipos de cambio tampoco corrigen o amortizan estos desequilibrios comerciales, sino que los refuerzan. La política fiscal, a nivel nacional, ha perdido su fuerza; y la poli-

---

**La especulación financiera  
y los movimientos de capital  
es lo único que se mueve  
en la economía  
mundial.**

---

tica monetaria, en vez de ser directiva, se adapta a las circunstancias, incluso en los países capitalistas, o en los países socialistas económicamente más fuertes, y hasta

en los Estados Unidos, por no hablar del Tercer Mundo. Como respuesta a esto, se intenta cada vez más limitar el movimiento de capitales mediante impuestos y aranceles (sobre las transacciones financieras, en vez de, o además de limitar el comercio), y reducir las fluctuaciones de los tipos de cambio, mediante fijos fluctuantes, serpientes, patrones de medida sobre bienes, paquetes de divisas, o mediante la vuelta al patrón oro.

Lo que importa no es tanto el sentido técnico de estos términos y políticas económicas, sino que su implantación supone una débil respuesta económica ante los desarrollos de la economía mundial, que están fuera de control, pero que tendrán consecuencias políticas e ideológicas de gran alcance. Los controles sobre el capital violan los principios sagrados del capitalismo, y la vuelta total, o parcial, del oro revalorizado proporcionará unos beneficios inesperados a los principales propietarios y productores de oro, como la Unión Soviética y Suráfrica, lo que va en contra de las políticas reales o manifiestas de los Estados Unidos. Sin embargo, ninguna de estas respuestas tiene probabilidades de convertirse en una opción políticamente realista hasta la próxima crisis política, en el marco de la crisis económica, especialmente en Estados Unidos, cuando las ilusiones americanas en cuanto al lugar de los Estados Unidos en el mundo y a la supuesta fuerza de su economía se enfrenten a los duros golpes de la realidad.

Traducción: Paloma Valenciano